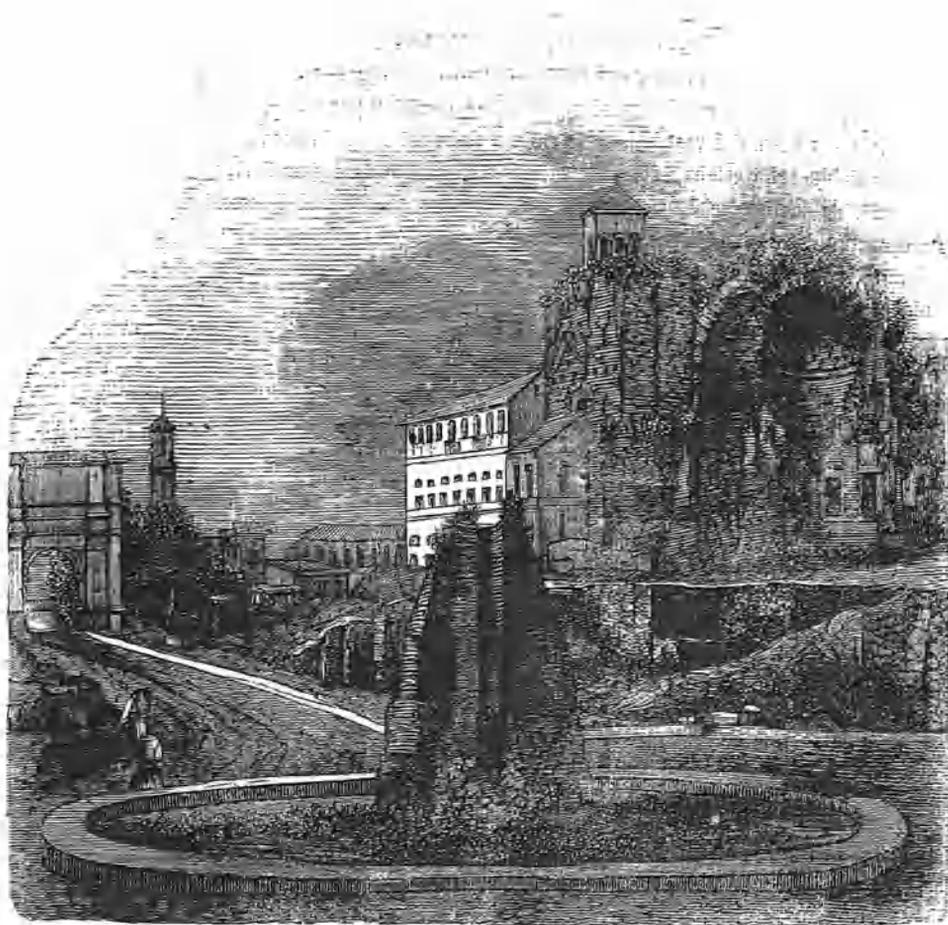
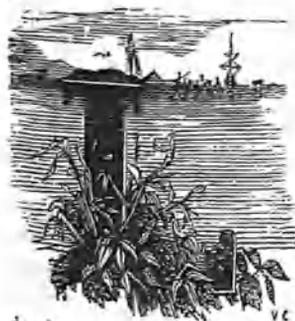


ANTIGUEDADES.



FUENTE LLAMADA META SUDANS EN ROMA.



a fuente que se vé en primer término en esta viñeta, fué conocida por los antiguos con el nombre de Meta Sudans (Piedra Sudosa); en una altura inmediata á ella se ven los restos del templo de Venus y Roma, y en el fondo

el arco de Tito y el Capitolio moderno. Esta fuente en otro tiempo llena de surtidores y arruinada hoy, existía ya en los tiempos de Neron. Segun Casiodoro fué reedificada en el reinado de Domiciano. La tradicion refiere que los gladiadores, al salir del coliseo que dista pocos pasos de ella, venian á lavarse sus manos ensangrentadas en el gran pilar de sus aguas. Del centro se elevaba un pilar en forma de cono que servia para marcar las carreras

Tomo I.—NUEVA ÉPOCA.—MAYO 24 DE 1846.

de caballos en los hipódromos: del punto mas elevado de este cono, surtia el agua que iba á depositar sus espumas en la gran concha que le circunda. Suponen algunos eruditos, que esta piedra colocada en el medio de la fuente, designaba el punto céntrico de cuatro de las regiones en que estaba dividida la antigua Roma, y eran la 2.^a, 3.^a, 4.^a y 10.^a El templo de Venus y Roma, cuyas ruinas impiden al lector ver la iglesia de Santa Francesca Romana, fué edificada bajo el plan que dió el Emperador Adriano.

Venus y Roma, considerada como Diosa, estaban unidas por un parentesco divino que traía su origen de Eneas. Sobre un área de 162 metros de longitud y 97 de latitud, se eleva un pórtico doble de columnas de granito, del cual se conservan todavia por el suelo algunos restos. El pórtico servia únicamente para circunvalar el templo, que tenia 108 metros de longitud y 52 de lati-

Ind. En las dos fachadas se contaban diez columnas de mármol de Paros, y veinte en los costados, todas acanaladas y de orden corintio. En el área, entre el pórtico y el peristilo del templo, propiamente dicho, había dos grandes columnas de mármol, aisladas, sosteniendo estatuas. La cella estaba dividida en dos partes y cubierta de mármol de Paros. El suelo estaba embaldosado de este mismo mármol. El techo estaba cubierto de bronce, que el Papa Honorio I. hizo quitar para cubrir con él la Basílica del Vaticano. Siete gradas conducían al vestíbulo del templo, y otras cinco del vestíbulo á la cella. El interior de la doble cella estaba adornada de columnas de pórfido, de las que se han encontrado algunos fragmentos; la bóveda hermoseada por arcos de estuco, era dorada, así como las paredes interiores de la cella, y el piso eran de amarillo antiguo y serpentino. Los únicos fragmentos importantes de las ruinas de este templo, que todavía existen consisten en algunos cimientos de las partes del muro de la cella, y el nicho donde estaban colocadas las estatuas de las dos Diosas. El arco de Tito fué edificado después de la muerte de este príncipe, bajo el reinado de Domiciano en memoria de la conquista de Jerusalem. Está compuesto de un solo arco de trece metros de alto. Es de mármol pentélico. Cuatro de las ocho medias columnas acanaladas de orden compuesto, que adornaban las dos fachadas, han venido á tierra; no quedan más que dos á cada lado: las que están enfrente del foro tampoco se conservan enteras. Dos admirables bajos-relieves colocados debajo del arco, y desgraciadamente mutilados, representan el triunfo de Tito. En el uno se vé al Emperador en su carro, conducido por una muger que representa á Roma. Tiene en la mano el baston de mando, y está coronado por la victoria. Hay en su derredor multitud de soldados, ciudadanos, senadores coronados, y victores llevando ramos de laurel. En el otro bajo-relieve se ven soldados hebreos prisioneros, la plancha de oro, el candelero de los siete brazos, las tablas de la ley, los vasos y objetos sagrados, despojos del templo de Jerusalem. El friso de la cornisa representa el resto de la pompa triunfal: se advierte en él el Jordan personificado y conducido por dos hombres, á sacrificadores que llevan bueños y á los soldados de la legion Minerviana, sobre cuyos escudos de forma redonda, está figurada la cabeza de Gorgona. Decoran la vuelta del arco cuatro hermosas victorias. Un precioso broche en forma de cartera, forma la clave de estos arcos y en medio de éstos adornos se vé á Tito remontándose al cielo sobre un águila. Este arco se restauró en el pontificado de Pio VII.

BIOGRAFIAS ESPAÑOLAS.

GUILLELMO MALLORQUÍN.

En todos los ramos del saber humano ha dado Mallorca al mundo ingenios los mas felices. No hay ciencia, no hay facultad, no hay arte, que no hayan sido cultivados con esmero por mallorquines inteligentes. Pero

así como de aquel célebre poeta no conoce la posteridad mas que la voz de Mesquida, no conoce la España mas que las hermosas imitaciones de Maracta. Su nombre es casi del todo desapercibido: sus obras buscadas con mucho aprecio, y su retrato ha merecido el honor de ser colocado, entre los pintores célebres, en la Galería del Gran Duque de Florencia. Maracta fué maestro del apeles mallorquín, Maracta, el que agotó en el todo su saber. ¡Cuántas veces vemos trabajos del pincel del isleño, que se compran por alto precio como á originales del célebre italiano! Tal es la poca diferencia que hay de los unos á los otros, que los profesores mas instruidos muchas veces los confunden. Descendamos ahora á los pormenores de la vida de nuestro paisano, de aquella vida que sacrificó para embellecimiento del arte de la pintura y para la gloria y prez de su pais.

Palma fué la patria natal de Mesquida, en donde nació el día 3 de abril de 1673, y sus padres, los señores D. Francisco Mesquida y Doña Margarita Munar, que pertenecían á una familia muy distinguida, pensaron dar á su hijo la carrera eclesiástica. Pero Mesquida que desde niño habia demostrado una afición natural á la pintura, y que estaba ya bien penetrado de las primeras nociones del arte, quiso hacer un viaje á Roma, donde á mas de Carlos Maracta, tuvo por maestro á Benedicto Lutti, ambos profesores de los mas célebres y distinguidos de Italia. De Roma pasó á Venecia, y allí ya fué admirada la facilidad y seguridad que tenia en el modo de pintar. En Bolonia se entregó con entusiasmo al estudio de Anibal Carrachi, y entonces ya se vieron brillar en las pinturas de Mesquida unos toques limpios, largos, y las mas veces espirituosos. Aquella fué la época en que llevó al colmo los progresos de su profesión, y de estos progresos justo era que su patria participase. Venido á ella puso aquí los fundamentos á la *escuela mallorquina*: pintó mucho y bien, y sus cuadros que están repartidos entre las iglesias y casas particulares son una prueba de su mérito en el arte. En ellos se vé un estilo enteramente original, pues apenas se trasluce lo que habia tomado del veneciano, y si su pincel en el empaste y maneras se confunde con el de Maracta, hay una notable distincion en los contornos, y una brillantez de colorido que no tienen los cuadros de su maestro.

Vuelto á Venecia, se casó allí con Doña Isabel Manzoni, dama principalísima, y estendida su fama con el nombramiento de pintor de cámara del elector Maximiliano, pasó á Baviera, de allí á Colonia donde sirvió catorce años la plaza de pintor de gabinete de Clemente Augusto, cuyo Príncipe para darle una muestra de aprecio, sacó de pila á la primera hija que dió á luz su muger, poniéndole el nombre de Teresa.

La Alemania, que conocia el valor de sus cuadros, trató ya en aquella época de hacerse con algunos que son mirados con aprecio en las principales galerías del Imperio. No hay viajero á quien no se enseñe con orgullo el de la adoracion de los Magos que pintó en Colonia. Y los que dejó en Roma, fueron conocidos por los italianos con elogios que no se tributaron mayores á sus paisanos Urdano y Buenarruta. Estos elogios, que en

manera alguna pudieron ser fruto de la lisonja, los repetieron Bellovi en su *vida de Carlos Maratta*, el autor del *abecedario pictórico*, y el español Cean Bermudez en su *Diccionario de los mas ilustres profesores de las bellas artes*. Este célebre escritor se espresa en estos términos: «*El mérito de las obras de Mesquida, es superior al de los demas pintores de su tiempo en España.*» Si á estos elogios añadimos los que en testimonio de re-

conocimiento le tributa su discípula Rosalva Carrera, célebre pintora veneciana, que remontó el arte al grado de perfeccion que se podia apetecer para que se copiasen sus cuadros por los burilistas de mas nota; formaremos la corona mas honrosa que puedan ceñir las sienas de un hombre ilustre. Las cartas de la amable Rosalva, impresas entre las de otros artífices famosos, afirman claramente *que todo cuanto sabia lo debia á su maestro*



Guillermo Mesquida

Mesquida. ¡Qué gloria para Mallorca y para la España entera el contar entre sus hijos al preceptor de una mujer que ha hecho su nombre inmortal en el mundo artístico!

Colmado nuestro paisano de honores y distinciones con que premiaron los Monarcas de la Europa su saber y sus talentos, se retiró á su patria en el año de 1739, y donde siguió adornando las casas de sus amigos con excelentes cuadros. Entonces, aprovechando un momento de inspiracion, tomó los pinceles y produjo la perla de sus pinturas. Santa Cecilia de la *Seu*.

Ellas son buscadas de cada dia con mas estimacion. Sus dibujos, que tambien se conservan en poder de varios curiosos, no son menos apreciados que los rasgos de su pincel. Los hay hechos con pluma y tinta de

china, otros con el lápiz colorado que gastaba muy bien y con el arte de un profesor consumado.

Murió el *Rafael mallorquin* en la ciudad de Palma el dia 27 de noviembre de 1747; fué sepultado su cadáver en la iglesia de Observantes, en el sepulcro de su familia, y el erudito D. Buenaventura Serra y Ferragut cronista general del reino, uno de sus discípulos mas aventajados, dictó á su buena memoria el siguiente epitafio:

GUILLERMO MESQUIDA ET MNAR
PINGENDI ARTE CLARISSIMO,
TUM ET SCULPENDI;
A QUO PICTUR, VITA PREDITUM DICERES
SED PRUDENTER TACENS

NEQUEM CHARITE DOCUERE CHARISMA
 AD SUPEROS MERITIS INTER DIVOS EVENTUM
 QUEM IN ORBE DIVINUM, CREDEBANT PUTARENT.

HA QUAEQUE NATURA CONDIDIT
 PEXIGILLO LUSTRAVIT,
 ET QUAMVIS LUCEM CAVENS TABULA
 EX TENEBRIS LUCEM PETENS SAPIENTER
 PLUSQUAM OCULI MENS VIDERET,
 SIMILITUDINEM QUANDAM BEATIFICAE VISIONIS
 PROBENS PICTORIS IDEA
 HIC TEGITUR, RECOLITUR, MIRATUR,
 ADMIRATUR IN TABULIS,
 QUE VIREM PREDICANT
 TAM FACTIS QUAM FICTIS VIRTUOSUM
 IN QUIS QUIDEM LICET VERUM ALIQUANTUM
 PLUS VIRTUTIS, QUAM HONESTALIS ENESSE;
 AD HOC UNUM CERTUM
 QUOD IN HONESTA QUOQUE ABIS QUI CELEBRES,
 ALIQUANDO ETIAM VIRTUOSIS TRIBUENTUR.

ILLI ERGO E CIVIS SUBLATO
 V. KALEND. DECEMB. ANNI MDCCXLVII.
 IN GRATITUDINIS SIGNUM
 PRO DATA DOCTRINA
 COLLATA AMITTITIA

MONUMENTUM HOC MONUMENTO SUPERADDEBAT
 D. BONAVENTURA SERRA ET FERRAGUT PHILOSOPHIE
 AC J. V. D.

IV. NON DECEMB. ANNI MDCCXLVII.
 Palma 1.º mayo de 1844.

JOAQUIN MARIA BOYER,
 entre los Arcades de Roma
 CLEANDRO LYBEKO.

CUENTO.

La Iglesia subterránea de S. Agustín en Tolosa.

Existía en otros tiempos en todas las capillas subterráneas, y en los rincones mas sombríos de las criptas ó bóvedas consagradas á las santas imágenes, una puerta conocida solo y muy de tarde en tarde de algunos iniciados; puerta misteriosa mas allá de la cual todo es extraño, grandioso é inconcebible. El traspasar los límites de aquella barrera colocada por la mano del hombre, es trocar la hermosa luz del día por las lóbregas tinieblas de una noche eterna; es huir la alegre morada de los vivos para correr á la de las sombras y el espanto. Sin embargo, una antigua tradición asegura que un mortal estudioso tuvo el suficiente valor para visitarla, y hé aquí lo que aquel ser intrépido dice y la descripción que de tan espantosa morada nos hace, y los terribles acontecimientos que en ella tuvieron lugar.

En los tiempos en que las guerras de los albigenses sembraban la devastacion por las bellas campiñas de la

Francia, y en la época misma en que Raimundo y Simon de Monfort presentaban el horrendo cuadro de una lucha terrible y asoladora, la antigua abadía de S. Saturnino, protegida por una veneracion sobrado religiosa, parecia ser la morada predilecta de la paz mas venturosa: una calma envidiable reinaba bajo sus bóvedas inundadas á cada instante con los cánticos de la iglesia, y sus moradores se entregaban sin el mas leve temor á todas las gratas satisfacciones de una piadosa solicitud. Lo mismo en los monasterios que aparecian aislados en medio de los campos, como en aquellos que en las grandes ciudades hacian una magnífica ostentacion de sus cúpulas elevadas y esbeltas campanarios, cada cenovita llevaba consigo un nuevo conocimiento, una industria que servia á la prosperidad del monasterio. Los unos practicaban la cirugía, y preparaban las materias farmacéuticas; los otros se entregaban á la transcripcion de los manuscritos eclesiásticos, proveyendo así á las iglesias de misales y libros de coro en los que notas colosales servian, por medio de una rima fácil y sencilla á las pompas de la liturgia. Muchos de entre ellos cultivaban con el mayor aprovechamiento las ciencias exactas; pero entre todos, el que mas se distinguia, era un monje de S. Saturnino que se habia hecho notar por su estremada superioridad en las matemáticas: el padre Job, que así se llamaba, poseia á Vitrubio, del que se habia hecho una traduccion, y los azares de época tan peligrosa no le habian arredrado para emprender cuatro viajes á Italia. Tan vastos conocimientos hicieron que sus compañeros le nombrasen arquitecto del convento, y la eleccion fué de todo punto acertada, pues que sus desvelos y mucha ciencia, solo servian á la utilidad del monasterio. Conocia todo el edificio hasta en sus menores detalles, y ya habia recorrido hasta la parte mas secreta y misteriosa; segun todos decian, hubiera podido narrar aun el mas pequeño acontecimiento de que por espacio de tantos siglos pudiera haber sido teatro, y describir año por año hasta la mas minima circunstancia, pues que poseia admirablemente la tradicion, y mas especialmente esa que no habiendo sido consignada en viejos pergaminos, permanece envuelta bajo el manto impenetrable del tiempo. Una tarde que el padre Job ayudado de un albañil, extraño al monasterio, sondeaba la pared de una de las capillas que en las criptas recibian las divinas efigies, parecióle que en algunas partes sonaba como hueca: apoderóse del pico que tenia en la mano el trabajador é hiriendo con él en el muro, vió que la piedra lanzaba un gemido sordo que un eco desconocido repelia á lo lejos. Cerciorado ya entonces de que aquello no era una ilusion, cesó de insistir mas, y se retiró teniendo cuidado de no provocar por medio de alguna palabra indiscreta, la curiosidad del hombre que le acompañaba.

Luego que la noche hubo llegado, dejó el buen monje sonar para sus compañeros la hora del reposo, y mientras que el monasterio permanecia sumido en el sueño mas profundo, y en tanto que la noche y la soledad se ensenoreaban de las estensas bóvedas y del claustro, él se encontraba en las criptas provisto de todo cuanto le era necesario para llevar adelante su esploradora empre-

sa. Examinó con la mayor atención toda la pared, y después de largas investigaciones, creyó hallar en ellas marcadas las trazas de una antigua poterna tapiada muchos años antes con un cuerpo menos duro que la piedra; una abertura se diseñaba por sí misma formando un cuadrado bastante imperfecto. Arañó ligeramente con la punta de un compás, y la materia se desprendía blanca y pulverizada como el yeso; golpeó con alguna fuerza, y bien pronto halló un metal duro y sonoro, y á medida que redoblaba sus esfuerzos aparecía mas distintamente una reja grande y fuerte; era una puerta de hierro incrustada en los cimientos, y á la cual ninguna de sus piezas le faltaba: los goznes, la cerradura, todo estaba en muy buen estado, y hasta había una llave enorme colgada de una de las barras.

Luego que la mampostería que ocultaba aquella puerta hubo desaparecido, un vapor glacial, un viento impetuoso y casi violento pareció subir por la abertura. En seguida el monje dió algunas sacudidas para hacer girar la cancela sobre sus goznes, y provisto de una antorcha embreada avanzó en el interior, encontrándose bien pronto sobre las gradas de una escalera estrecha y tenebrosa.

A medida que descendía el aspecto de aquellos sitios, era cada vez mas extraño; el estilo de las construcciones se tornaba mas extraordinario, la bajada era por momentos mas rápida, y parecía querer conducir hasta las entrañas de la tierra al temerario que osaba penetrar en aquella predilecta morada de la noche. Al poco rato halló otra nueva puerta que daba paso á una inmensa galería por la cual avanzó lleno de curiosidad: la arquitectura parecía anunciar una época desconocida, y una larga serie de sepuleros se destacaban á uno y otro lado. Las piedras presentaban un aspecto extravagante, y los mármoles tumularés cargados de letras ilegibles probaban hasta la evidencia que aquellas habían sido sepulturas reales en época bastante remota. El padre Job creyó ver un instante cernerse ante su vista á las régias sombras que tantos años antes encerraran en aquel sitio sus sagradas ceizas para ocultarlas á la profanacion de los bárbaros. Después de contemplar por algun tiempo aquellas veneradas antigüedades, continuó su exploracion bajando de nuevo una larga escalera bastante bien conservada.

De repente un viento impetuoso que fatigaba sus pulmones, silba en sus oídos, y teme por su antorcha cuya llama oscila y chisporrotea haciéndole temer que llegue á extinguirse para dejarlo perdido entre las sombras de aquella eterna noche. Cuando por fin, su grata y hermosa luz, alimentada por el aire mismo, hubo aparecido nuevamente, cuando sus vivos rasplandores tomaron á alumbrar aquellos lugares, la escena cambió súbitamente de carácter, y el vacío apareció terrible y grandioso; ininidad de columnas se destacaban á lo lejos como otros tantos gigantes que descansan sus pies en las sombras, y ocultan las cabezas para coronarias de tinieblas. A su frente tenia la entrada de una nueva galería aun mas estensa y pavorosa que las otras; sin embargo, deseoso de conocer todos aquellos secretos, avanza con su antor-

cha en la mano hácia el abismo, que al reflejar un largo rastro de fuego hubiera fascinado á cualquiera tomándolo por los inmensos tesoros que un pueblo vencido había arrojado en la mañana de su derrota.

Eran las negras aguas de un lago que en aquel vasto palacio de la noche, reflejaban en su superficie los rojos colores de la llama. Aquel recinto sombrío y pavoroso, construido con tan vastas proporciones, era la iglesia subterránea, la iglesia del lago. Era un templo bizantino con las formas y estructura que todos le conocemos; las bóvedas iguales, franjas semejantes en un todo, las monstruosas columnas que soportan el peso de un campanario colosal, todo se encontraba allí, todo excepto el pavimento de la nave que resonara en algun tiempo con los pasos de los fieles, ahora aquel pavimento había sido reemplazado por el inmenso vacío, ó mas bien dicho, por aguas negras, y á veces embravecidas por los soplos de un viento impetuoso. Un silencio solemne reinaba por todos los ámbitos de aquella morada tenebrosa interceptada apenas por la gota de agua que rezumaba de la bóveda. Este sonido monótono y acompañado se alzaba lúgubre y melancólico como el de las horas que marcan la eternidad. Una ola ligera corría á perderse en cavidades lejanas é incalculables profundidades que la acogian con un murmullo semejante al quejido de las almas que gimen en los rigores del purgatorio. Aquellas armonías encerraban una estremada melancolía, y un aspecto terrible se destacaba de aquel cuadro sin límites y digno de admiracion.

Por medio de una estensa galería que rodeaba toda la pared, podia muy bien recorrerse todo el interior del edificio, y una balaustrada groseramente esculpida protegía al errante peregrino en caso de una caída. Ni el mas ligero ornamento cubria aquel recinto; por todas partes reinaba el estilo bizantino en toda su severidad, la arquitectura cimbrada con sus curvas severas; en cuanto á los relieves, los contornos y ogivas por ninguna parte se veía la mas leve muestra de que hubiesen existido. Solo en el centro que forman los costados de la nave principal, se destacaban dos estatuas gigantescas, mirándose la una á la otra y entronizadas sobre su inmenso pedestal como los reyes de aquellas tinieblas; el uno era Carlomagno, y el otro San Raimundo. ¿En qué época y por qué mano habían sido allí colocadas? ningun indicio podia revelarlas. El padre Job que todo lo había querido ver adelantándose por un lado de la galería con su antorcha en la mano, había constantemente avanzado por todo lo largo de la pared, y vuelto por la estremidad opuesta al mismo sitio de donde partiera.

Muchas veces había emprendido ya, y á causa de su decidida pasion por lo maravilloso, esta singular peregrinacion, pero siempre teniendo el cuidado de penetrar con precaucion en aquellos ignorados subterráneos, y nadie sabe la causa por qué jamás se interuaba en este vasto recinto sin haberse asegurado antes de que ningun ser viviente le había visto entrar ni salir. Sin embargo, el misterio de que se rodeaba hubiera podido despertar muy bien la atención y curiosidad de los demas. Así sucedió en efecto, y una noche que alumbrado por la tenue

luz de su espirante antorcha, subía jadeando de cansancio á las bóvedas exteriores, no fué poca su sorpresa al distinguir cerca de sí á un apuesto jóven que le contemplaba con la mayor avidez, y hasta parecía aguardarle.

—¿Cómo! sois vos mi buen tío Job, quien así os esponéis en tan peligrosos subterráneos.

—¿Y qué, Reinaldo, eres tú el que á estas horas te hallas dentro del convento, procurando espiar mis secretos?

—¡Vuestros secretos!... Os equivocais, pues es otro el interés que me ha traído; creía poder profundizar un gran misterio, hallarme frente á frente con un espíritu errante, luchar con un alma en pena, y qué sé yo cuantas cosas más. Pero desde el instante en que os he visto me rio de todos los milagros y apariciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hace tres días que llevándome á su celda el hermano Arsenio, que como sabéis es el portero del convento, me dijo:

—Maese Reinaldo, vos que usais la daga, y que antes de un año entrareis á servir en las milicias del Conde de Monfort, deberíais sacarme del cuidado en que me hallo. Sabed que he visto esta noche pasada atravesar una luz por la iglesia y si no me engaño desaparecer entre las bóvedas. Sin embargo, tengo el mayor cuidado en cerrar todas las verjas y puertas del templo y las llaves que creo poseer yo solo, jamás faltan de mi cintura. Ahora bien, decidme, ¿debo ó no estar admirado?

—Prestadme vuestras llaves por una sola noche, le respondí, y mas tarde podré daros los mas minuciosos detalles sobre tan extraño misterio. Consintió en ello y hé aquí explicado el por qué me hallo en este sitio, y como corriendo tras una sombra evocada del otro mundo me encuentro con mi buen tío Job.

El monje, á quien nada agradará este encuentro, pareció no recibir con mucho placer tales y tan ingenuas satisfacciones. Ya de antemano no le era muy satisfactoria la conducta de su sobrino, pues conocía todas las malas inclinaciones del hijo de su hermana, y que siempre habia algun vicio que le dominase: Reinaldo, se decía á sí mismo, necesita dinero y ha querido conocer mi secreto para venderlo á precio de oro; sin embargo su sangre es la mia y no le creo capaz de cometer una falta tan grave.

—Ven, añadió en alta voz, y arrastrando en pos de sí á su sobrino; dime, Reinaldo, te crees con las fuerzas suficientes para llevar á cabo una empresa importante, de cumplir una misión sagrada por demás.

—Tío, le contestó, antes de responderos permitidme os demande una gracia. Yo miraría como un favor inestimable el poder visitar los subterráneos que existen, segun todos dicen, bajo la iglesia del monasterio; tambien habla el vulgo de un lago, que se asegura, han sido muy pocos los mortales que hayan llegado á visitar.

Dicho esto, el monje seguido de su sobrino se perdió de nuevo en la tortuosa escalera y llegado á la galería donde estan los sepulcros de los primeros reyes de la Galia, levantó con algun trabajo una de las piedras tumu-

lares, escarbó en la tumba y sacó á los muy pocos instantes una bolsa de cuero bastante pesada.

—Toma, dijo á su sobrino alargándole el dinero, ahí tienes todos los ahorros hechos en mi larga vida; el tiempo es ya llegado de que haga de ellos un uso piadoso pues que Dios vé con enojo que el monje acumule las riquezas de la tierra; tú no ignoras que Rolando, mi hermano querido, se halla prisionero. Vé, corre al campo de Monfort, paga su rescate y tráeme á aquel que compartió conmigo las dulces alegrías de mi infancia. Yo entre tanto rogaré aquí al pié de los altares por el mejor éxito de tu empresa.

Partió Reinaldo y pasaron muchos días sin que pareciese por el monasterio. Impaciente ya el monje de aguardar infructuosamente, preguntó á Arsenio si habia visto á su sobrino.

—Bien sabéis, le contestó este, que con mucha frecuencia olvida á su tío para correr tras los placeres, y que la paz del monasterio y piadosas exortaciones que en él recibe, le son menos gratas que los juegos de baxar y el canto de los trovadores; sin embargo, me han asegurado haberle visto en Tolosa.

El monje permaneció algun tiempo pensativo, pero saliendo repentinamente de su silencio añadió:

—Se hace preciso el enviarle un recado para que sepa que le aguardo con la mayor impaciencia; mañana á esta misma hora me hallaré rezando en la capilla de San Jorge.

Al siguiente día, mientras que el padre Job prostrado al pié del altar hacia sus oraciones de la mañana, un jóven delgado y de erguido cuerpo, vestido con una ropilla negra y embozado en un capotillo á la usanza de aquel tiempo, se hallaba apoyado contra un confesonario á poca distancia del religioso. Al considerarle con alguna detención, cualquiera lo hubiera creído un pretendiente lleno de respeto y pronto á presentarse ante un poderoso, ó mas bien, un culpable que se dispone á comparecer delante de un inflexible juez. Así es que nada vino á turbar la profunda meditacion del religioso, cuando este concluido su acto piadoso se levantó, el adolescente jóven pareció hallarse en una posición mucho mas embarazosa, de la cual daba claras muestras el cuidado con que buia la mirada inquisitorial que le perseguía: su frente, antes altiva, se encorvaba ante la frente monacal, en cuyas arrugas leia una reprension amarga. Nada habla de mas bello que la cabeza del religioso, mientras su alma se hallaba tranquila, pero tampoco nada mas terrible, ni fascinador que aquella fisonomía, luego que alguna pasión sorda y poderosa llegaba á agitarla. Al ver su esbelto talle, aquel cuerpo erguido y musculosos brazos, el hábito que le cubría borraba toda idea de pensar en el atleta, antes por el contrario se hubiera creído estar viendo á uno de esos santos de piedra que el arquitecto por un capricho de su imaginacion hace figurar como sosten de una bóveda.

De repente, saliendo el padre Job de aquel silencio embarazoso, le dijo á su sobrino:

—Hace ya tiempo que deseabas visitar los subterráneos de la abadía, ¿no es verdad?

Reinaldo, deseando evitar una cuestion que le tenia en la mayor perplejidad, hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Pues enciende esa antorcha en la lampara y anda delante.

El jóven obedeció con el mayor silencio. Entonces el religioso abrió la puerta de las bóvedas, se dirigió hácia la cancela de hierro que daba entrada á los subterráneos, hizola girar sobre sus guznes, y despues que hubieron pasado, tuvo cuidado de cerrarla con la precaucion que le era habitual, sin olvidar el guardarse la llave en el bolsillo. Despues ya ambos se internaron en aquellas húmedas y tenebrosas soledades. Reinaldo marchaba algunos pasos delante; el espectáculo que se desarrollaba ante su vista, le preocupaba demasiado para que no hubiese olvidado que caminaba delante de un pariente, próximo á dirigirle una pregunta terrible. Contemplaba aquellas bellezas escondidas en el centro de la tierra con el mas mudo estupor: algun rato hacia ya que seguia la larga galería que terminaba en el largo subterráneo, cuando de repente un abismo insondable se abrió á sus pies; las piedras que cerraban el paso, así como la balaustrada que preservaba la caída en el precipicio, parecieron haberse hundido en las negras ondas. Asustado Reinaldo no quiso avanzar mas, y se volvió hácia el religioso que le impedía el paso. Si el hondo abismo brillando á sus pies, heridas sus agüas por el rojizo resplandor de la antorcha, había introducido el espanto en su alma, mucha peor fué cuando una mirada se encontró y fué rechazada por la del monje, ardiente y terrible y peor aun cuando hirió sus oídos una voz estridente y cavernosa que le decia: ¿Qué has hecho de mi oro y de mi hermano?

El infeliz jóven nada respondió; se hallaba aterrado, y solo hubiese querido que aquella pregunta le hubiera sido hecha en otro lugar y á la clara luz del dia: delante de testigos le habría sido menos terrible; pero ahora colocado entre el monje y un abismo espantoso, sin tener otros espectadores de la sangrienta escena que se preparaba, sino á las dos estatuas, aquellos dos colosos de piedra, creyóse perdido, sus rodillas flaquearon y cayó á los pies de su juez.

—¿Qué has hecho de mi hermano y de mi oro? repitió el padre Job. Viendo entonces que el asustado jóven no respondia á su pregunta, arranca con una mano el cordon de su hábito y con la otra levanta al adolescente jóven y lo liende encima de la balaustrada; en dos minutos se encuentra Reinaldo atado sobre el antepecho con una fuerza tal, que sus pulmones apenas podian pararle en el pecho. Su única queja eran los mas prolongados suspiros, pero cuando sintió que el fuego devoraba sus piernas, cuando vió que sus carnes ardian al continuado chisporroteo de la antorcha, apresuróse á confesar en presencia de aquel inquisidor implacable, que no había ido al campo de los Cruzados á consecuencia de haber perdido todo el dinero en una casa de juego.

—¡Ah! ¿con qué has jugado el rescate de mi hermano? exclamó el monje aun mas furioso que antes, y arrojándose de una gruesa barra de hierro comenzó á demoler el

podazo de pretel que sostenia á su víctima. Cada golpe apresuraba, por decirlo así, la muerte del infeliz; el abismo se hallaba allí bajo sus pies aguardando un gran peñasco, y el cuerpo palpitante aunque se hallaba á él unido; solo faltaba un golpe que dar para concluir el desenlace de aquel drama atroz, cuando el desdichado jóven gritó con voz acongojada y lastimera:

—Ministro del Dios misericordioso, dadme al menos el perdon de la iglesia.

A tan religioso llamamiento, el monje enfurecido tornó á ser el sacerdote piadoso y ya se inclinaba para bendecirle, cuando se siente agarrar por unas manos crispadas que penetraban en su carne, desgarrándole el hábito como si fueran uñas de hierro: la cólera vuelve á apoderarse de él, una implacable venganza le impele poderosamente; dá el último golpe, y víctima y balaustrada, se sumergen en el lago.

Cuando á la luz de la antorcha que había permanecido inyectada en una piedra, hubo contemplado los últimos remolinos que el abismo había formado al tragarse su víctima, tendió su penetrante mirada sobre sí mismo. Pero ¡ah! que el cielo tomaba á su cargo castigar al criminal sacerdote: lleno del mayor espanto advirtió que su hábito se hallaba destrozado, y que en la terrible lucha que poco antes sostuviera, la llave había quedado en las manos de su adversario. Conoció en el instante la mano que tan prontamente le heria y lleno de angustia vió que las puertas de aquel infierno se hallaban ya cerradas para él y que solo le restaba el martirio de aguardar entre el hambre y la mas horrorosa desesperacion las largas horas de una terrible agonía, tras la cual solo había una cosa; la eternidad.

Cuando muchos años despues la casualidad hizo que fuese descubierta la iglesia subterránea, los exploradores de aquellas vastas profundidades, hallaron en la galería de los sepulcros un esqueleto bastante bien conservado. Era el padre Job que se había arrastrado hasta aquel lugar para aguardar allí su última hora. A su lado un lienzo escrito con sangre revelaba la terrible historia que acabamos de contar.

JUAN ANTONIO ESCALANTE.

REVISTA DE LA SEMANA.

El acontecimiento literario, seguramente mas notable en esta semana, es la terminacion de la nueva edicion ilustrada de las obras en prosa de Quevedo, que hace algunos años emprendió el señor Castelló. Es esta la primera obra de algun crédito y estension que se ha publicado en España venciendo los obstáculos y dificultades consiguientes al que emprende un camino no trillado; pero su celoso editor con una constancia incansable, ha sabido salvar todo género de dificultades, y cuando termine el tomo quinto, que comprende las poesías del mismo inmortal autor, habrá puesto la última piedra del monumento elevado al mas festivo é ingenioso de nuestros autores clásicos.

Tal como está la edicion ilustrada del Quevedo, es la mas lujosa y completa de cuantas se han hecho, y comprende escritos inéditos, hasta ahora desconocidos y que por ningún editor podrán publicarse por ser de propiedad esclusiva del señor Castelló.

Como una muestra de sus grabados, presentamos á nuestros lectores la portada del libro que representa á Quevedo en su estudio, inspirado por la Musa Satírica y juguetona que tan picantes y atrevidos conceptos solía ponerle en los labios.

En la noche del jueves se cantaron los *Puritanos* en

el teatro del Circo, como no los hemos oído nunca en Madrid. La Persiani, Bonconi, Salvi y Marini estuvieron felicísimos, y el público los aplaudió estrepitosamente.

La Persiani luce en esta ópera como en todas esa maestría y buen gusto que la distinguen, y en la *Polaca* ha estado tan feliz, que bien creemos que no tenga rival



en el día en ninguno de los teatros de Europa. Esta pieza, y el dúo de bajos del segundo acto cantado por los señores Ronconi y Marini, se repitieron en medio de las mayores muestras de entusiasmo. Marini tiene una voz clara y hermosa, y aunque no esté dotado de grande maestría, ha gustado mucho en su salida, y es de presumir que recoja copiosos laureles en otras óperas donde pueda lucir mejor sus excelentes facultades vocales y su buena escuela.

En el teatro del Príncipe se puso en escena la nueva comedia de costumbres, traducida del francés por el señor Navarrete, con el título de *Un marido como hay mi-*

chos. La diferencia que hay todavía entre nuestras costumbres y las de la nación vecina, hace que miremos con alguna repugnancia esos enredos de pura intriga y desmoralización que en Francia son un espejo de la sociedad, y que entre nosotros no tienen aun por fortuna tan triste significado. Uno de tales enredos es la comedia traducida por el Sr. Navarrete, en la cual abundan los maridos libertinos, las mugeres adúlteras y demas comitiva indispensable. De la traducción nada tenemos que decir, habiéndonos parecido en lo general mas esmerada que las que comunmente suelen aparecer. La ejecución fué brillante.